

documentos, mantiene, planta y construye, y en esto gasta 3 ó 4 millones al año. También es natural que repare y renueve su mobiliario; así es que en 1778, que puede tomarse como tipo medio entre ellos, gasta en esto 1.936,853 libras. Naturalmente, también conduce allí á sus huéspedes á quienes mantiene lo mismo que á sus séquitos respectivos; en Choisy, en 1780, además de lo que se distribuye había 16 mesas y 345 cubiertos; en Saint-Cloud, en 1785 había 26 mesas; «un viaje de 21 días á Marly



MALESHERBES

lana, cortantes, tahoneros, bordadores, taberneros, remendones de zapatos, fabricantes de cinturones, de espelmas, de sombreros y de encurtidos, cirujanos, zapateros, curtidores, zurradores, cocineros, trinchantes, doradores y grabadores, fabricantes de espuelas, especieros, confiteros, espaderos, prenderos, guanteros, perfumistas, relojeros, librereros, lenceros, mercaderos, vendedores de vino al por mayor y menor, carpinteros, vendedores de joyas ordinarias, plateros, fabricantes de pergamino y de pasamanería, asadores de pollos, pescaderos, proveedores de heno, paja y avena, quinquilleros, talabarteros, sastres, vendedores de tortas y de almidón, vendedores de frutas, de hortalizas, de vidriería, violinistas, etc.; de manera que en una carta de Mercy, del 16 Setiembre de 1773. «La multitud que sigue en pos del rey en sus viajes se parece á la marcha de un ejército,» cosa, por otra parte, comprobada por Warroquier, I, id. y por de Arneht y Geo-

ocasiona 120.000 libras de gastos extraordinarios.» El viaje á Fontainebleau llegó á costar 400.000 y 500.000 libras. Por termino medio estas salidas exigirían más de medio millón por año (1). Para comprender del todo este prodigioso boato, piénsese en que «están obligados á seguir á la corte, los artesanos y mercaderes de todas clases,» para proveerla de los artículos que constituyen su *privilegio*, donde quiera que ella se encuentre. «Boticarios, armeros, arcabuceros, vendedores de medias de seda y de

froy en *Maria Antonieta*. Diríase lo que de una corte Oriental que para moverse de un punto á otro arrastra todo un mundo: «cuando va á ponerse en marcha, si se quiere parar, necesario es tomar anticipadamente la posta.» En total, cerca de 4.000 personas para la casa civil del rey; 9.000 ó 10.000 para su casa militar; 2.000 por lo menos para la de sus parientes; en junto, cerca de 15.000 personas con un gasto de 40 á 45 millones, que valdrían doble cantidad ahora y que constituyen en aquella época el diez por ciento de las rentas públicas (2).

(1) Hé aquí algunos otros gastos accidentales. (Archivo nacional o 12805.) Con ocasión del nacimiento del duque de Borgona, en 1751.604.477. Por el casamiento del Delfín, en 1770, 1.267.770. Por el matrimonio del conde de Artois en 1773, 2.016.221. Por la consagración en 1775, 835.862. Para representaciones, bailes y conciertos en 1778, 481.744 y en 1779, 382.986.

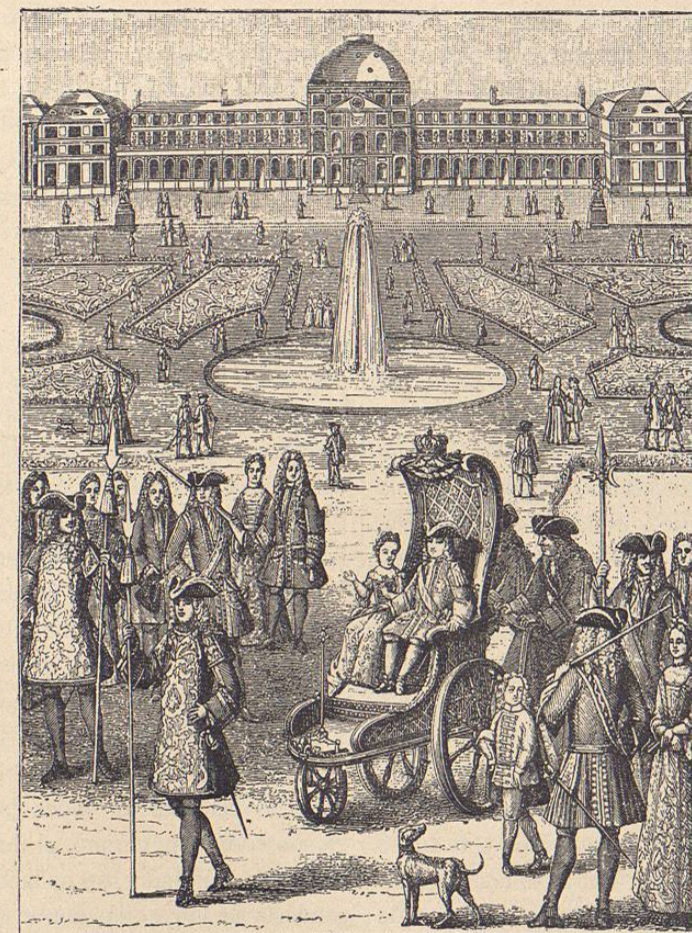
(2) Casa civil del rey y de la reina, de la infanta Isabel, de las infantas y de la infanta real 25.700.000. A los hermanos y

Hé ahí el cuerpo central de la decoración monárquica. Por grande y dispendiosa que sea está proporcionado á su uso desde que la corte es una institución pública y que la aristocracia, ocupada por toda la vida se dedica á llenar el salón real.

III

Dos son las causas que mantienen esta influencia,

la una es la forma feudal conservada, y la otra, la nueva centralización introducida, la una pone el servicio del rey en manos de nobles, la otra cambia á los nobles en pretendientes. Para desempeñar los cargos palatinos, la primera nobleza sirve de asiento en la morada real. Gran limosnero, M. de Montmorency-Laval, obispo de Metz; primer limosnero, M. de Bessuejous, obispo de Senlis; Gran maestro de Francia, el príncipe de Condé, primer mayordo-



El rey Luís XV niño, de paseo

mo de palacio, el conde de Cars, mayordomo ordinario, el marqués de Montdragón; primer panadero, el duque de Brissac; gran copero, el marqués de Verneuil; primer trinchante, el marqués de la Chesnaye; primeros gentil-hombres de cámara, los duques de Richelieu, de Durfort, de Villequier, de Fleury;

gran mayordomo de guardarropía, duque de Larochehoucauld-Liancourt; mayordomos de guardarropía, el conde de Boisgelin y el marqués de Chauvelin; capitán de halconería, el caballero de Forget; capitán de tren para la caza del jabalí, marqués de Ecquevilly; superintendente de edificios, el

cuñadas del rey, 8.040.000.—Casa militar del rey, 7.681.000, según Necker. Desde 1774 á 1778, el gasto de las casas reales y de su familia oscila entre 32 y 36 millones sin comprender en ellos el cuarto militar. En 1789, la casa del rey de la reina, del delfín, de los infantes y de las infantas cuenta 25 millones.—Los del hermano mayor del rey y su esposa 3.656.000; los del conde y condesa de Artois, 3.656.000; duques de Berry y de Angulema,

700.000; el trato de las personas que han servido á los príncipes, trato que se les conserva, importa 228.000. Total 33.240.000. A lo cual falta todavía añadir la casa militar del rey y los dos millones de infantazgo de los príncipes. Todo eso resulta del estado general de las rentas y gastos fijos en 1.º de Mayo de 1789, remitido por el ministro de Hacienda al Comité de la misma de la Asamblea nacional.

conde de Angiviller; escudero mayor, el príncipe de Lambesc; montero mayor, el duque de Penthièvre; gran maestro de ceremonias, el marqués de Brezé; aposentador mayor, el marqués de la Suze; capitanes de guardias, los duques de Agen, de Villeroy, de Brissac, de Aiguillon y de Biron; los príncipes de Poix, de Luxembourg y de Soubise; preboste de palacio, el marqués de Tourzel; gobernadores de sitios reales y capitanes de caza, el duque de Noailles, el marqués de Champcenez, el barón de Champlost, el duque de Coigny, el conde de Modéne, el conde de Montmorin, el duque de Laval, el conde de Brienne, y los duques de Orleans y de Gesvres. Todos estos señores son para el rey sus familiares obligados, huéspedes perpétuos y por lo general hereditarios, alojados en su casa en íntimo y cotidiano consorcio con él, pues que son «su servidumbre», como dijo el conde de Artois de la suya al presentarla á su mujer, y, desempeñan el servicio doméstico de su persona. Agréguese ahora los semejantes á estos, tan nobles y casi tan numerosos como ellos y que desempeñan iguales empleos en las casas de la reina, de las infantas, de la infanta mayor Isabel, del conde y de la condesa de Artois, y conde y condesa de Provenza. Y aún aquellos no són más que los empleados principales; si tras estos y en los demás cargos contamos los que tienen título, hallamos entre otros 68 limosneros ó capellanes, 170 gentil-hombres de cámara ó servidores, 117 gentil-hombres caballerizos y monteros, 148 pajes, 114 damas de compañía con título, además de todos los oficiales de la casa militar y sin contar 1.400 simples guardias que han hecho sus pruebas de nobleza y que bajo este título se les admite á hacer su corte. Tal es el contingente fijo de las recepciones reales; es rasgo distintivo de este régimen el que los criados son en él huéspedes y que la antecámara llena el salón.

Y no es que éste necesite de ello para llenarse. Pero siendo el manantial de todos los adelantos y de todas las mercedes, natural es que rebose de cortesanos; en nuestra sociedad igualadora, el salón de un pequeño diputado, de un mediano periodista, de una mujer de moda, está lleno de cortesanos, bajo el nombre de visitantes ó de amigos. Por otra parte, aquí, la presencia es obligada; podría decirse que es como una continuación del antiguo homenaje feudal; el estado mayor de la nobleza está obligado á cortejar á un general nato. Esto se llamaba, en el lenguaje de la época, «llenar sus deberes para con el rey.» Á los ojos del príncipe, la ausencia sería una prueba de independencia, lo mismo que de in-

diferencia, y entiende que se le debe la sumisión tanto como la oficiosidad. Bajo este aspecto, necesario es ver la institución desde su origen. Con una ojeada, Luís XIV pasaba revista á cada momento; «al acostarse, al levantarse, al dirigirse á la mesa, al pasar por sus aposentos, en sus jardines... nadie escapaba á sus ojos, ni aún aquellos que ni siquiera pensaban en ser vistos; era un desmérito en unos, y cosa sumamente notada en otros, el no hacer de la corte su morada ordinaria, ó el ir raras veces á ella, así como una desgracia segura el no ir nunca ó casi nunca á la misma.» Y como puede verse en las Memorias de Saint-Simón XVI, 456, y en Mme. Campan, II, 177, esta necesidad de estar el rey acompañado duró hasta el fin de la monarquía; pues, en 1791, decía la reina con amargura, hablando de la nobleza: «Cuando se obtiene de nosotros alguna determinación que la hiere, estoy mohina; nadie viene á jugar conmigo; el acto de acostarse el rey es solitario; se nos castigan nuestras desdichas.» En adelante, para los primeros personajes del reino, hombres ó mujeres, eclesiásticos ó laicos, el gran quehacer, la ocupación principal de la vida, el verdadero trabajo, consistirá en estar á todas horas, y en todas partes, á la vista del rey, al alcance de su palabra ó de su mirada. «Quien considere, dice Labruyère, que la faz del príncipe constituye toda la dicha del cortesano, y que se ocupa y llena toda su vida en verle y ser visto por él, empezará á comprender como el ver á Dios constituye toda la gloria y felicidad de los santos.» Hubo entonces verdaderos prodigios de asiduidad y de voluntaria esclavitud. Á las siete de todas las mañanas, así en invierno como en verano, el duque de Fronsac, por orden de su padre, se hallaba al pie de la pequeña gradería de la capilla, con el solo objeto de dar la mano á Mme. Maintenon, que iba á Saint-Cyr, cosa que comprueba ésta en sus memorias, como también en sus *Recuerdos y retratos*, el duque de Lèvis. «Perdonad, señora,—escribía á aquélla el duque de Richelieu,—la excesiva libertad que me tomo al atreverme á mandaros la carta que escribo al rey, en la que le ruego de rodillas me permita ir, de vez en cuando, á hacerle mi corte, porque: *prefiero morir, que estar dos meses sin verle.*» El verdadero cortesano, seguía al príncipe como la sombra al cuerpo. Así lo hizo el montero mayor, duque de Laroche-foucauld, bajo Luís XIV. «Al levantarse, al acostarse, al cambiar de traje, á la caza y al paseo de todos los días, jamás falta; á veces, pasaban diez años seguidos sin dormir fuera de donde el rey estaba, y pedía licencia, no para hacerlo, porque en

más de 40 años no durmió veinte veces fuera de París, sino para ir á comer fuera de la corte, ó para no asistir al paseo.» Aunque más adelante, bajo amos menos exigentes y en el relajamiento general del siglo XVIII, se afloja esta disciplina, su institución, sin embargo, subsiste; pues, según cuenta la señora de Hausset (p. 168), el señor de V., á quien se había prometido una tenencia del rey ó un mando, lo cede á uno de los protegidos de Mme. de Pompadour, obteniendo, en cambio, el papel de *exento* en *Tartuffe*, representado por los cortesanos ante el rey en sus habitaciones particulares. «El señor de V.,—dice la señora antes expresada,—agradeció esta distinción á *Madame*, como si le hubiese hecho duque.»

Á falta de la obediencia, la tradición, el interés y el amor propio bastaban para llenar la corte. Acercarse al rey, ser doméstico en su casa, ujier, portamanto, ó camarero, es un privilegio que se compra, aún en 1789, por treinta, cuarenta y cien mil libras. Con mayor razón se considerará como un privilegio más honroso, más útil y más envidiado por todos el formar parte de su tertulia ó de su sociedad. En primer lugar, es una prueba de nobleza. Un hombre, para seguir al rey en la caza, ó una mujer, para ser presentada á la reina, deben probar previamente ante el heraldo, y con documentos auténticos, que su nobleza se remonta al año 1400. Después, es una garantía de fortuna; no hay más que esta sociedad para hallarse al alcance de las mercedes; por eso, hasta 1789, las grandes familias no se mueven de Versalles, y día y noche están al acecho. El camarero del mariscal de Noailles decía una noche, corriendo sus cortinas: —«¿Á qué hora quiere monseñor que le despierte mañana?» —«Á las diez, si esta noche no se muere nadie.» Se encuentra aún alguno de estos antiguos cortesanos, que «teniendo ochenta años, han pasado muy bien sus 45, á pié firme, en la antecámara del rey, de los príncipes, y de los ministros.» «No tenéis mas que tres cosas que hacer,—decía uno de ellos á un novato,—decid bien de todo el mundo, pedid todo lo que esté vacante, y sentaos cuando podáis.» Por eso hay siempre una muchedumbre al rededor del príncipe.

«En 1.º de Agosto de 1773, en el acto de hacer la condesa del Barry la presentación de su sobrina, era el cortejo tan numeroso, por todos los puntos que tenía que pasar, que apenas podían atravesarse las antecámaras,» hecho que puede verse comprobado por de Arnetth y Geoffroy, en su *María Antonieta*, por este último en su *Gustavo III*, por d' Hezecques y por de Luyñès, el cual dice que 163 da-

mas, entre ellas 42 de la servidumbre, van á hacer su reverencia al rey, y 160 caballeros y más de 100 damas van á ofrecer sus servicios al delfín y á la delfina. En Diciembre de 1774, en Fontainebleau, donde la reina tiene juego cada noche, «la pieza, aunque vasta, no se desocupa...» El tropel es tal, «que no se puede hablar sino con las dos ó tres personas con las cuales se juega.» En las recepciones de embajadores, los catorce departamentos de palacio están completamente henchidos de damas y caballeros engalanados.» En 1.º Enero de 1775, la reina contó más de 200 señoras, que se presentaron para hacerle la corte. En 1780, en Choisy, hay cada día una mesa de treinta cubiertos para el rey, otra también de treinta para los señores, otra de cuarenta para los oficiales de guardia y escuderos, y otra de cincuenta para los funcionarios de cámara. Calculo que en el acto de levantarse y de acostarse, en sus paseos, en sus cazas, en su juego, el rey tiene siempre en torno suyo, sin contar la servidumbre, cuarenta ó cincuenta señores, á lo menos, generalmente un centenar, y otras tantas señoras. En Fontainebleau, en 1756, «aun cuando no hubo este año allí ni fiestas, ni bailes, contábase 106 señoras.» Cuando el rey da «gran tertulia,» ó cuando da juego ó baile en la galería de cristales, cuatrocientos ó quinientos convidados, lo más escogido de la nobleza y de la moda, se sientan ordenadamente en las banquetas ó se estrujan al rededor de las mesas de *cavagnole* y de tresillo, como puede verse en los grabados de aquel tiempo y en el *Dictionnaire des étiquettes* de Mme. de Genlis. Hé ahí el espectáculo que vendría ver, no con la imaginación ó por medio de incompletos textos, sino con los ojos y sobre el terreno, para comprender el espíritu, el efecto, el triunfo de la elegancia monárquica; en una casa puesta, el salón es la pieza principal, y jamás hubo otro tan deslumbrador como éste. De la bóveda esculturada y poblada de amores retozones, descienden por entre guirnaldas de flores y follaje relumbrantes arañas, cuyo esplendor multiplican los elevados cristales; la luz rebota en oleadas sobre los dorados, los diamantes, las cabezas espirituales y alegres, las cinturas sutiles, los enormes vestidos de colores cambiantes y adornados con guirnaldas. Las faldas de las señoras, colocadas á la redonda ó alineadas en las banquetas, «forman una rica espaldera cubierta de perlas, de oro, de plata, de piedras preciosas, de lentejuelas, de flores, de frutos con sus flores, amapolas, cerezas y fresas artificiales.» Es un ramillete gigantesco y viviente, cuyo brillo apenas puede la mirada resistir. Nada